

# Conozca al Maestro

## “Todo lo que tenía” (Mateo 13.44-46)

La mayoría de los que predicamos, tenemos la habilidad de tomar una diminuta verdad y ampliarla hasta convertirla en un prolongado sermón. Por otra parte, Jesús podía tomar grandes verdades y comprimirlas en cortas y poderosas declaraciones.

En esta lección, estudiaremos dos cortas declaraciones de Jesús, llenas de poder —dos parábolas que se encuentran en sólo tres versículos:

Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró (Mateo 13.44-46).

### EL VALOR DEL REINO

#### La parábola del tesoro escondido

Estas son las palabras con las cuales comienza Mateo 13.44: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo”. La idea de esconder un tesoro en un campo puede sonar extraña, pero los oyentes de Jesús hubieran asentido con sus cabezas a ella. En aquellos días, si uno ponía dinero u otros valores en un banco,<sup>1</sup> el

depósito podría ser que estuviera, o no estuviera, allí cuando uno fuera a sacarlo. Por lo tanto, muchos escondían sus valores bajo tierra (tal como el hombre de un talento hiciera en Mateo 25.18).<sup>2</sup>

Había otra razón por la cual algunos escondían sus tesoros en la tierra. Aquella área esta sujeta a ser invadida en cualquier momento. Palestina estaba localizada entre Egipto y Mesopotamia. En el pasado, los ejércitos invasores habían pasado por esa tierra con gran frecuencia. No había otro pedazo de tierra sobre el cual se hubiesen peleado más batallas, que Palestina. Muchos de los que eran ricos, se preparaban para la invasión dividiendo sus fortunas en tres partes. Una tercera parte se usaba como capital de trabajo. Otra tercera parte se convertía en joyas y otras mercancías que se podían transportar fácilmente. Éstas eran las que tomaban consigo cuando huían de los invasores. La última tercera parte era enterrada. Ésta se convertía en su capital de trabajo cuando la batalla terminaba y regresaban. No obstante, algunas veces no regresaban. Así que, había tesoros escondidos bajo tierra por todo Palestina.

La parábola de Jesús es acerca de un tesoro escondido. La idea de un tesoro escondido nos fascina. En todas partes del mundo hay leyendas acerca de tesoros escondidos —tesoros de piratas, tesoros de barcos hundidos, o minas de oro perdidas. Hace poco, dos hombres de Waco, Texas,

<sup>1</sup> Tal lugar existía en medio de ellos y servía para dar a guardar objetos valiosos, e incluso pagaba intereses y se le llamaba banco (Mateo 25.27). <sup>2</sup> Son varias las ilustraciones que se pueden usar respecto a personas que habiendo puesto su dinero en bancos después no consiguieron que les devolvieran su dinero; por lo tanto, no confiaron más en los bancos, así que, pusieron su dinero en un frasco, o debajo de un colchón, o en una vieja lata la cual enterrarían en el patio. (Hoy día, podríamos poner al día este ejemplo mencionando el caso de personas que han perdido dinero en instituciones de ahorro y préstamo).

se llegaron a convencer que Jesse James<sup>3</sup> había enterrado una caja fuerte conteniendo dinero y otros valores en su área. Un reportaje televisivo los exhibió supervisando a un tractor de oruga y diciéndole al operador adónde debía cavar. Lo último que oí, es que habían gastado \$140,000 en su proyecto de excavación, y todo lo que tenían para mostrar era un enorme hoyo.<sup>4</sup>

No obstante, la parábola de Jesús no es sólo acerca de un tesoro escondido; es acerca de un tesoro escondido que fue hallado: "... el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo" (v. 44b).

Podemos suponer que este hombre era pobre. No era dueño del campo sobre el cual estaba trabajando. Era un obrero común, tal vez un siervo del hombre a quien pertenecía el campo. El escenario habría sido algo como sigue: El hombre se movía lentamente, cavando o arando en el campo. No había señal de esperanza en su rostro. Hoy era como ayer, y mañana sería como hoy. Su vida era un círculo sin fin de dura labor, de dormir sin sueño, de dura labor, de dormir sin sueño.

No obstante, en este día, cuando su herramienta se hundió en la tierra, ¡hubo un sonido metálico! "Es probable que sea una piedra", pensó. Su amo esperaba que echara todas las rocas fuera del campo, así que, —gimiendo un poquito— se puso de rodillas y comenzó a escarbar con sus dedos. No obstante, este objeto en la tierra, no parecía una piedra. Era rectangular en su forma. Su corazón comenzó a palpar fuertemente mientras limpiaba la suciedad de la tapa del cofre. ¡Cuando lo abrió, descubrió que estaba lleno de monedas y joyas, un tesoro más allá de su imaginación!

Miró a su alrededor. No había nadie cerca. Cuando cerraba el cofre y con rapidez cerraba el hoyo, se preguntó: "¿Qué haré?". Luego habló en voz alta. "¡Ya sé lo que haré!".

Dejando sus herramientas en el campo, se apuró a llegar a la casa y comenzó a recoger todo lo que podía vender. Su esposa entró a la habitación en la que se encontraba, llevando puesto el único artículo de valor que poseía la pareja: un collar heredado a su esposa por la madre de ella. Le arrebató el collar de su cuello. Su esposa se quedó sin aliento, y luego exclamó: "¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?".

Él se sonrió. "¡Voy a venderlo!", dijo.

"¡Véndelo! ¡Pero esas son las únicas joyas que poseo!".

En lo que él se dirigía a la puerta, le espetó sobre sus hombros: "Mujer, ¡pronto vas a estar cubierta de joyas!".

"Claro", dijo ella apuntando a su andrajoso vestido. "Van a lucir tan encantadoras con mi vestido de gala".

No tuvo tiempo de oír las sarcásticas palabras de su mujer. Ya estaba encaminado, con las joyas en su mano, iba cantando mientras conducía su cabra y su burro, los cuales iban cargados de bienes. Pronto vendió todo lo que tenía. Cuando por fin compró el campo, se regocijó. "¡Ahora es mío, realmente mío!", dijo.

Por favor no se detenga en la consideración de los aspectos morales, legales y éticos de este relato. No sabemos si lo que el hombre hizo fue correcto, o no. Hay quienes piensan que la ley rabínica le daba a él el derecho de reclamar como suyo el tesoro que encontró y que él compró el terreno para asegurarse de que nadie le disputara su derecho. Que lo anterior haya sido el caso, o no, es de poca importancia en lo que al mensaje de esta parábola concierne. Como regla, cada una de las parábolas de Jesús enseña una verdad primordial.<sup>5</sup> No es necesario que apliquemos todos los detalles,<sup>6</sup> pero debemos buscar la idea más importante que Jesús deseaba imprimir en nuestras mentes.

Échele una mirada, nuevamente, a esta parábola de un versículo, y notará que el énfasis no está en el hombre, sino, en el tesoro: "El reino de los cielos es semejante a un tesoro ...". Jesús estaba haciendo énfasis en que el reino de los cielos es *un tesoro* —¡el más maravilloso, el más valioso, el más precioso tesoro que podríamos imaginar!

### **La parábola de la perla de gran precio**

Esta es la palabra con la que comienza el versículo 45: "También". El concepto del reino es demasiado amplio como para ser abarcado por una sola parábola, así que, Jesús contó otra. "El reino de los cielos es semejante a un mercader" (v. 45b). En la parábola anterior, el énfasis era en el tesoro. En ésta, es en el hombre.

El hombre estaba "[buscando] buenas perlas" (v. 45c). En la parábola anterior, el hombre tropezó

<sup>3</sup> Jesse James fue un notorio bandido de los días de los pioneros en los Estados Unidos. <sup>4</sup> Esta historia puede adaptarse para otras áreas. La mayoría de las regiones tienen sus propias leyendas acerca de un tesoro escondido. <sup>5</sup> Hay algunas excepciones tales como la parábola del sembrador, la cual se encuentra más atrás en Mateo 13 (nótese vv. 18-23); éstas son "excepciones que prueban la regla". <sup>6</sup> En el caso de algunas parábolas estaríamos en problemas si aplicáramos todos los detalles, tal como en el caso de la parábola de la viuda y del juez injusto, la cual se encuentra en Lucas 18.1-8. Si tratáramos de establecer un paralelo para cada punto de ella, ¡haríamos de Dios un juez al cual no le preocupan los hombres!

con el tesoro. No lo estaba buscando; estaba simplemente haciendo su trabajo y accidentalmente lo encontró. En esta parábola, el hombre estaba *buscando*. Aún así, hay quienes se tropiezan con la verdad, la reconocen y con gozo la abrazan —y hay aquellos que están buscándola.

Juan 3 y 4 ilustra el contraste. En el capítulo 3 Nicodemo vino a Jesús buscando respuestas, y encontró al Mesías. En el capítulo 4 una samaritana vino a buscar agua y se tropezó con la verdad acerca del Cristo. Hechos 8 y 9 proveen otra ilustración. En Hechos 8 un noble etíope que se encontraba de viaje, iba leyendo su Biblia,<sup>7</sup> buscando respuestas. En Hechos 9 Saulo estaba viajando, buscando la manera de destruir a todo cristiano sobre la tierra. Al final de sus viajes, ya ambos habían conocido la verdad acerca de Jesús.

¿Por qué asiste *usted* a los servicios de adoración? ¿Es usted un buscador de la verdad? ¿Quiere encontrar el propósito de la vida? ¿Quiere encontrar aquello que vaya a darle realce a su vida? ¿Asiste usted con el fin de pasar una eternidad con su Dios? ¿O asiste por alguna razón que no es tan elevada? Su motivación no es lo más importante. Lo más importante es si tiene, o no, la capacidad de reconocer el valor del tesoro cuando lo vea —y si tiene, o no, un ardiente deseo de poseerlo una vez que lo reconozca.

Continuemos con nuestra historia: El hombre estaba buscando “buenas perlas”. Las perlas son consideradas joyas valiosas hoy día, pero en los tiempos bíblicos se les consideraba aún más preciosas. A la gente no sólo le gustaba poseerlas y mirarlas; les gustaba manipularlas y acariciarlas. Les gustaba sentir su suave frescor y mirar dentro de su profundidades lechosas. Las perlas ejercían una fascinación que en algunos rayaba en el misticismo. Un mercader de buenas perlas era considerado un hombre importante con una mercancía sin igual.

Las perlas son únicas entre las joyas. La mayoría de las gemas han sido formadas dentro de la tierra por medio del calor y la presión de miles de años, pero las perlas están formándose aun mientras usted lee estas líneas. Un grano de arena es atrapado por el caparazón de una ostra. La arena irrita a la ostra, así que ésta secreta un fluido viscoso, de apariencia lechosa, el cual cubre el grano con una delgada película. La ostra se alivia hasta que la película se endurece. Luego, nuevamente, envuelve la irritante partícula con el fluido. Y así, el proceso

continúa hasta que una perla es formada. Se ha dicho que una perla es la única joya que se forma a través del sufrimiento. En aquellos días, las perlas provenían de unos pocos sitios sobre la tierra: de áreas selectas del mar Mediterráneo, del Mar Rojo, del Golfo Pérsico, y de Bretaña. Este hombre estaba buscando perlas, pero no era cualquier perla. Estaba buscando “buenas perlas”. Esta buscando por las mejores entre las mejores. En la forma algo desordenada, en que las perlas son formadas, mucha variación ocurre. Algunas veces la perla no tiene una redondez perfecta. Otras veces la perla es muy pequeña. Otras veces, el color no es uniforme. No obstante, en la mente del mercader, él tenía un ideal —una imagen de algo que nunca esperaba encontrar, pero con la cual comparaba a todas las perlas: la imagen de una perla perfecta. A través de manipular miles de perlas, sus ojos y sus manos se habían hecho expertos en la identificación de perlas de valor.

Un día algo maravilloso sucedió —algo que podría suceder una vez en mil vidas; ¡halló su ideal, la perla perfecta! Cuando encontró la perla perfecta, no dudó ni regateó el precio. En lugar de ello, “habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo<sup>8</sup> lo que tenía, y la compró” (v. 46).

En esta parábola, así como en la anterior, no deberíamos presionar la aplicación de los detalles. En la primera parábola, un hombre recibió mucho pagando poco. En esta parábola, el hombre pagó el precio completo. No obstante, el pago de dinero, sin importar que sea poco o sea mucho, no es el aspecto central en ninguna de las parábolas. La salvación no puede ser comprada por el hombre; tuvo que ser comprada por la sangre de Jesús. Usted y yo no podemos comprar, ni ganar, ni merecer las bendiciones espirituales. ¿Cuál es, entonces, la lección que Jesús quiere que aprendamos con la parábola de la perla de gran precio? El hombre encontró un tesoro tan maravilloso que ¡él estuvo dispuesto a dar todo lo que tenía para poseerlo!

Si fuéramos a resumir las dos parábolas, podríamos hacerlo como sigue: ¡El reino de los cielos es la mercancía mas valiosa, más preciosa y más deseada, de todo el mundo!

### LA IDENTIDAD DEL REINO

¿Qué *es* este reino de los cielos que es tan valioso?

Nuestro primer pensamiento podría haber sido que es del cielo mismo de lo que se habla, dado que la frase dice: “reino *de los cielos*”. Algunas veces, el

<sup>7</sup> Él estaba leyendo un rollo el cual contenía el libro de Isaías. <sup>8</sup> Dado que en el texto original, la palabra que se traduce como “todo”, es neutra en su género, mientras que las palabras de las cuales se traducen “perla” y “perlas” son masculinas, esto indica que el mercader no solamente vendió todo lo que tenía, no solamente sus perlas.

término “reino” se usa para referirse al cielo, pero no es así en este pasaje específico. Cuando Marcos y Lucas registraron el mismo grupo básico de parábolas, ellos usaron la frase: “reino de Dios” (Marcos 4.11, 26, 30; Lucas 8.10). Permítame poner la pregunta en otras palabras: ¿Qué es el “reino de Dios” que es tan valioso?

La frase: “reino de Dios” se encuentra en todas las Escrituras. Básicamente, las palabras se refieren al gobierno de Dios dentro de la esfera de lo suyo. Ocasionalmente, en la Biblia, esto se refiere al mundo entero e incluso a la totalidad del universo, pues Dios lo controla todo. No obstante, usualmente, la frase se usa para hablar del gobierno *especial* de Dios en los corazones y en las vidas de su pueblo —de aquellos que se han sometido a su autoridad. En el Antiguo Testamento, éste era el reino de Israel, pues en el Monte Sinaí los israelitas hicieron un pacto con Dios.

Cuando estudiamos el Antiguo Testamento, no obstante, nos damos cuenta de que los israelitas estaban buscando un reino especial que *habría de ser* establecido (cf. Daniel 2.44), el cual sería gobernado por un rey conocido como el “Mesías” (cf. Daniel 9.25–26). La palabra “Mesías” significa “el ungido”. Cada uno de los reyes de Israel era conocido como “el ungido de Jehová” (cf. 1 Samuel 24.10; 26.9). Un tema que fluye por todo el Antiguo Testamento era que el Mesías venía a establecer su reino.

Jesús era el Mesías esperado. La forma en griego de la palabra “Mesías” es “Cristo”. Cuando Jesús, el Cristo, vino, su mensaje era: “Arrepentíos porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4.17). En otras palabras, “ha llegado el tiempo del cumplimiento de todas las promesas y profecías del Antiguo Testamento, respecto al reino”. Cuando Jesús hablaba del reino, esto es lo que recalca: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18.36). Su reino había de ser espiritual.

Antes de su muerte, Jesús les dijo a sus discípulos que ellos “[verían] el reino de Dios” después de que viniera “con poder” (Marcos 9.1; énfasis nuestro). Después de su muerte, sepultura y resurrección, él les dijo a los apóstoles que esperaran en Jerusalén hasta que ellos fueran “investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24.49; énfasis nuestro). Justo antes de su ascensión, esto fue lo que les dijo: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros *el Espíritu Santo*” (Hechos 1.8; énfasis nuestro). Unos pocos días después, el día de la fiesta judía del día de Pentecostés, el Espíritu Santo vino sobre ellos

(Hechos 2.1–4). Cuando el Espíritu Santo vino, el poder vino. Cuando el poder vino, el reino vino: El reino que había sido anticipado por siglos estaba por fin establecido el primer Pentecostés después de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Desde ese momento en adelante se comenzó a hablar del reino como algo que ya existía (Colosenses 1.13).

Después de Hechos 2, otro término para nombrar a esta institución llegó a ser más común: el término “iglesia”. A menudo cantamos el canto que dice: “Amo tu reino, Señor”. La primera estrofa comienza así:

Amo tu reino, Señor,  
la casa de tu morada;  
la iglesia que nuestro bendito Redentor salvó  
con su propia preciosa sangre,  
¡amo tu iglesia, oh Dios! (énfasis nuestro).<sup>9</sup>

Por todo el Nuevo Testamento, a la iglesia se le refiere como el reino *especial* de Dios hoy día. La iglesia es la esfera especial sobre la cual Dios gobierna hoy día, la gente que se ha sometido a su autoridad.

Los términos “iglesia” y “reino” son, a menudo, usados en forma indistinta en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, en Juan 3.3, 5, Jesús dijo que uno entra al *reino* por medio de nacer del agua y del Espíritu. No obstante, en Hechos y en las Epístolas vemos que la gente era añadida a la *iglesia* cuando eran bautizados en agua tal como lo ordenaron hombres inspirados por el Espíritu Santo (Hechos 2.38, 41, 47; 1 Corintios 12.13). En Mateo 16 Jesús nuevamente habló de edificar su “iglesia” (v. 18), pero luego se refirió a lo que edificaría como “el reino” (v. 19). Más adelante, cuando Jesús instituyó la cena del Señor, dijo que ésta no sería comida sino, “hasta que *el reino* de Dios” viniera (Lucas 22.16, 18; énfasis nuestro). No obstante, en el libro de los Hechos y en las epístolas, *la iglesia* fue la que participó de la cena del Señor (Hechos 20.7; 1 Corintios 11.17–34).

Por lo tanto, podríamos poner nuestro resumen de las dos parábolas de Mateo 13 en otras palabras, de manera que se lean así: “¡*La iglesia* es el más valioso, el más precioso, el más deseado tesoro de todo el mundo!”.

Inmediatamente, oigo una objeción: “¡Un minuto! ¡He visto a ese grupo que se reúne para adorar donde usted predica, y no me lucen tan valiosos a mí!”. Sea que luzcan, o no, lo son. Esa no es mi

<sup>9</sup> La cita proviene de “I Love Thy Kingdom, Lord, (Amo tu reino, Señor)”, y se usa con permiso de la ACU Press, © 1974.

evaluación, sino, la de Dios. Fue necesaria la sangre de Cristo para poder comprarlos (Hechos 20.28).

Tal vez sería mejor si ampliara mi declaración. Cuando uso el término “iglesia” no me estoy refiriendo a ninguna institución humana, sino a la iglesia de la cual leemos en el Nuevo Testamento. Esta iglesia no puede ser separada de otros conceptos bíblicos.

Por ejemplo, *la iglesia no puede separarse de Jesucristo*. Jesús es la cabeza de la iglesia; la iglesia es su cuerpo (Efesios 1.22–23). La iglesia es “la plenitud” de Cristo (Efesios 1.23). Jesús y su iglesia están tan cerca, que cuando Saulo perseguía *la iglesia* (Hechos 8.3), Jesús le preguntó: “¿Por qué me persigues?” (Hechos 9.4; énfasis nuestro). Por lo tanto, cuando hablamos de la iglesia, estamos incluyendo a Jesucristo —y todos deben estar de acuerdo en que ¡él es lo más valioso, lo más precioso, lo más deseado de todo el mundo!<sup>10</sup>

*La iglesia no puede separarse de la salvación*. Jesús “se entregó a sí mismo” en la cruz por la iglesia (Efesios 5.25). Él compró la iglesia con “su propia sangre” (Hechos 20.28). Él es el salvador de la iglesia (Efesios 1.22–23; 5.23). Cuando la gente le obedece y son salvos por su gracia, Dios los añade a la iglesia (Hechos 2.38, 41, 47).<sup>11</sup> La iglesia es el cuerpo de gente salvada por la sangre de Jesús. ¡Es seguro que todos estarán de acuerdo en que la salvación de los pecados pasados y la esperanza del cielo es lo más valioso, lo más precioso, lo más deseado de todo el mundo!

Además, *la iglesia no puede ser separada de Dios ni de su trono*, pues los términos que Jesús usó en estas parábolas fueron: “el reino de los cielos” y “el reino de Dios”. En otras palabras, cuando hablamos del “tesoro escondido” o de “la perla de gran precio”, estamos hablando de tesoros *espirituales*: la verdad, Jesús, la salvación, la comunión con los salvos por la sangre de Cristo (lo que se llama “la iglesia”), la comunión con Dios, la esperanza de los cielos. Ninguna de estas cosas puede separarse de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la iglesia, o el reino. ¡Estas realidades espirituales constituyen las cosas más valiosas, las más preciosas, las más deseadas del mundo!

El mundo no está de acuerdo. Si a los que están en el mundo se les preguntara qué es lo que consideran lo más valioso, muchos responderían:

“La fama”. Cuando los hombres y las mujeres son introducidos a este “salón de la fama” o a algo parecido, la mayoría dice: “¡Este es el día más importante de mi vida, lo más destacado de los años que he vivido!”. Otros responderían que las riquezas y el poder son las cosas realmente importantes.

Es difícil no dejarse atrapar por el sistema de valores del mundo. Imagínese un enorme cuarto. En una pared del cuarto, hay muchas puertas.<sup>12</sup> Una puerta tiene un rótulo que dice: “Fama”; otra tiene uno que dice: “Poder”; todavía otra, uno que dice “Riqueza” y otra: “Popularidad”. En frente de estas puertas hay largas colas de gente, abriéndose paso a empujones, todos tratando de alcanzar el puesto número uno de la cola. En la pared opuesta, escondida en una oscura esquina, casi fuera de la vista, hay una diminuta puerta con un rótulo que dice: “El reino de los cielos”. En frente de esa puerta hay un puñado de gente.<sup>13</sup> Si por casualidad ocurre que usted se encuentra entre ese pequeño puñado, va a ser difícil no mirar hacia las otras puertas y a las masas en frente de ellas, sin por lo menos preguntarse si a lo mejor se está perdiendo de algo importante.

Aprenda el mensaje que Jesús transmite por medio de las dos parábolas que hemos estado estudiando, y apréndaselo bien: No importa cuántos se ponen en la cola junto a las puertas que conducen al éxito mundano, ¡lo que realmente vale es el reino de los cielos! En las parábolas, los dos hombres fueron capaces de reconocer lo verdaderamente valioso cuando lo vieron. Así que, estaban dispuestos a pagar el precio para poseerlo.

## EL COSTO DEL REINO

Esta es la pregunta que necesitamos hacernos: “¿Me estaré dando cuenta de cuán maravilloso, cuán imposible de ponerle precio, cuán magnífico, cuán estupendo es el reino de los cielos?”.

El texto nos dice cómo podemos saber la respuesta a esa pregunta. Échele una mirada, nuevamente, a las palabras de Jesús que se encuentran en Mateo 13.44–46, y subraye varias de esas palabras en su mente:

Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso

<sup>10</sup> Algunas veces, hoy día, se habla de Jesús como “la perla de gran precio”. <sup>11</sup> Así es como lo expresa la Reina-Valera. En algunas traducciones más modernas, simplemente se lee: “añadía a ellos”, o “añadía al número de ellos”. No obstante, los pasajes acerca del establecimiento del reino / iglesia, que se dan anteriormente en esta lección, no dicen que es al reino / la iglesia a lo cual ellos eran añadidos. <sup>12</sup> El señalar a una pared ilustraría esto. Si hay algunas puertas que sean visibles, el señalarlas serviría como una buena ilustración. <sup>13</sup> Esta ilustración es simplemente otra manera de imaginar los dos caminos que Jesús menciona en Mateo 7.13–14.

por ello va y vende *todo lo que tiene*, y compra aquel campo.

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió *todo lo que tenía*, y la compró (énfasis nuestro).

La manera como damos a entender en qué medida valoramos la realidad espiritual es a través de lo que estemos dispuestos a sacrificar con el fin de poseerla. Esto fue lo que Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo*, y tome su cruz, y sígame” (Mateo 16.24; énfasis nuestro).

En ciertas situaciones, tal como las de los hombres de las parábolas, puede ser que necesitemos vender, literalmente, todo lo que tenemos, con el fin de poder seguir el camino que Dios nos ha marcado (Mateo 19.21).<sup>14</sup> No obstante, para la mayoría de nosotros, la forma como mostramos qué es lo más importante es aquello a lo cual damos más énfasis en nuestras vidas. Esto es lo que Jesús nos dice a todos nosotros: “Mas buscad *primeramente* el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6.33; énfasis nuestro). Al compararlas con Jesús y con las cosas que le pertenecen (incluyendo a la iglesia), las cosas de esta vida tienen que llegar a convertirse en nada —y cuando interfieren con lo espiritual, tales cosas deben ser echadas de nuestras vidas. El reino de Dios debe convertirse en el centro de nuestras vidas.

La pregunta que debemos hacernos es: “¿Estoy yo dispuesto a hacer cualquier sacrificio para poseer el reino de Dios?”.

Una vez hubo dos hombres que se habían conocido desde cuando eran chicos. Después de muchos años fueron reunidos. Uno era un humilde cristiano que poseía un poquito de los bienes de este mundo. El otro se había enriquecido en la búsqueda de las cosas de esta vida.<sup>15</sup> Cuando se encontraron, hallaron que algo tenían en común: ambos habían perdido a un hijo.

Cuando el rico habló de la muerte de su hijo, era obvio que su vida y sus sueños giraban en torno a ese chico. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando dijo: “Yo tenía la esperanza de que mi hijo llevaría adelante los negocios. Ahora no sé lo que haré. ¡Mi vida se ha desmoronado!”.

Cuando el cristiano habló acerca de la muerte de su hijo, esto fue lo que dijo: “Me rompe el

corazón, pero, aunque lo extraño enormemente, yo sé que se encuentra en un mejor lugar. Ahora vivo por el tiempo que pueda para ir a él y estaremos juntos nuevamente”.

El rico le dijo al cristiano: “Daría todo lo que tengo para tener una fe como la suya”.

El cristiano respondió suavemente: “Eso es lo que le costaría”.

¿Estaremos dispuestos a “[vender] todo lo que [poseemos]”, para poseer el tesoro?

Para muchos esto parecerá injusto; pero en realidad, nada podría ser más justo. Imagínese una sala de exposiciones que está llena de los tesoros del mundo. A ella entran cuatro hombres. Uno es un hombre de grandes riquezas. Otro es un hombre que no cuenta ni con un centavo. Los otros se encuentran en algún punto intermedio en lo económico. Uno de estos dos nos representa a usted y a mí. Para simplificar la historia, simplemente diré que el hombre me representa a mí.

Al entrar a la sala, nuestros ojos son deslumbrados por la resplandeciente colección de tesoros. De vez en cuando le echamos una mirada a las etiquetas de los precios para ver qué es lo que podemos comprar y qué es lo que no podemos comprar. El rico podía comprar casi cualquier cosa que desease; el pobre no encontraba nada que pudiera comprar; el tercer hombre y yo podíamos comprar unas pocas cosas, pero la mayoría de ellas eran demasiado costosas para nuestros bolsillos.

Por fin llegamos al centro de la sala —y allí, ante nuestros ojos, ¡se encuentra El Tesoro! Nuestros corazones comienzan a latir más rápidamente; no podemos quitarle los ojos de encima. Entre más lo miramos, más luce como basura todo lo demás que hay en la sala. Como ya hemos visto el tesoro, cada uno de nosotros sabe que nunca será feliz a menos que lo tenga. No hay evidencia de que tenga una etiqueta con el precio, y nos preguntamos el uno al otro: “Me pregunto: ¿Cuánto costará?”.

El pobre se registra sus bolsillos. Extiende su mano y la abre mostrando cinco centavos. “Esto es todo lo que tengo”, dice tristemente. El siguiente hombre registra su billetera. “Cinco dólares es todo lo que tengo”, dice. Yo pienso por un momento y luego digo: “Si yo vendiera todo lo que tengo, es probable que pueda reunir unos cinco mil dólares”. El rico dice: “Mi contador me dijo esta mañana que valgo cinco millones”. Pero aun éste, no se le mira

<sup>14</sup> Muchos misioneros han hecho eso literalmente, para compartir el evangelio con un mundo perdido y que se está muriendo. <sup>15</sup> No hay nada malo en ser rico, siempre y cuando uno: se gane su riqueza de forma lícita, mantenga sus prioridades en orden, y use su riqueza para bendecir a otros. No obstante, la Biblia indica que pocos son capaces de buscar riquezas y a la vez mantener sus prioridades en orden (Mateo 19.23–24; 1 Timoteo 6.9–10, 17–19). El hombre del relato, en su búsqueda de riquezas, había perdido lo que era realmente importante.

que esté feliz, pues es obvio que el tesoro vale mucho más que eso.

En ese momento, el propietario entra y nos pregunta en qué nos puede ayudar. Aunque sabemos que no tenemos suficiente, tenemos que preguntarle: “¿Cuánto cuesta El Tesoro? ¿Cuál es el precio?”. El propietario sonríe y dice: “No pueden pagarlo, pero no hay problema. Mi hijo ha pagado el precio. Todo lo que tienen que hacer es *aceptarlo*. No obstante les advierto que les *costará*”.

La esperanza brota de nuestros corazones. Tal vez El Tesoro pueda ser nuestro. Sin embargo, en nuestras corazones se encuentra la siguiente pregunta: “¿Cuánto nos irá a costar?”.

El propietario se dirige al pobre y le pregunta: “¿Cuánto tienes?”. “Cinco centavos”, responde el hombre. “Eso es lo que te costará”, dice el dueño.

Se dirige al siguiente hombre y le pregunta: “¿Cuánto tienes?”. “Cinco dólares”. “Eso es lo que te costará”.

Me mira a mí. □ “Cuánto tienes”. Balbuceo y digo: “Creo que puedo reunir cinco mil dólares si logro vender todo lo que tengo”. Él asiente y dice: “Eso es lo que te costará”.

Al final se dirige al rico. “¿Cuánto tienes?”. “Cinco millones de dólares”. “Eso es lo que te costará”.

¿Qué podría ser más justo que eso? Si usted tiene cinco centavos o cinco millones de dólares, el costo es el mismo: Todo lo que usted tiene. Dios nunca pide más de lo que tenemos, pero sí pide todo lo que tenemos.

Es obvio que muchos de los que están en el mundo piensan que el costo es excesivo. “¡No podemos hacer esa clase de sacrificio!”, claman. “Tenemos cosas a las cuales nos gustaría aferrarnos. ¡No podemos darle a Dios todo lo nuestro!”. Si esa es su decisión, pues que así sea, pero considere esto con sumo cuidado: Si usted no está dispuesto a hacer ese sacrificio, entonces tiene que renunciar a la oportunidad de conocer de todo lo que la vida trata. Usted renuncia a la esperanza de tener gozo interno y paz mental. Usted le da la espalda a una vida infinitamente mejor que cualquier cosa que este mundo pueda ofrecer.

El versículo 44 continúa con una pequeña frase la cual no quiero que se la pierda: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de

nuevo; y *gozoso por ello* va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (énfasis nuestro). “*Gozoso por ello*”. ¿Se imaginaría usted que el hombre dijera: “¡Este es un gran sacrificio! Tengo que vender mi burro y mi cabra y el llamativo collar de mi esposa para poder tener el tesoro. ¿Es demasiado?”? ¿Por supuesto que no! Imagino que estaba sonriendo de oreja a oreja y que cantaba por todo el camino cuando iba a vender sus escasas pertenencias. Después de todo, ¡estaba recibiendo mucho más de lo que estaba dando!

La clave para dar todo lo que tenemos, para poder poseer el tesoro, es comprender lo precioso que el tal es. Una vez que realmente apreciemos su valor, comprenderemos que no hay sacrificios que podamos hacer. Cualquier cosa que pudiéramos hacer, no sería nada en comparación con lo que Dios puede hacer, y hará, por nosotros. En su epístola a los filipenses, después de que Pablo mencionó las cosas que habían sido valiosas para él en el pasado, esto fue lo que escribió:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y *lo tengo por basura*, para ganar a Cristo (Filipenses 3.7-8; énfasis nuestro).

## CONCLUSIÓN

La primera vez que usted miró el título de esta lección, es probable que pensara que se referiría al joven rico, pues en ese relato aparecen palabras similares. El joven rico vino a Jesús y se preguntó que sería lo que debía hacer para heredar la vida eterna. Esto fue lo que Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven y sígueme” (Mateo 19.21).<sup>16</sup> En otras palabras: “Deshazte de tu basura, para que puedas tener el tesoro”. Desafortunadamente, el joven rico quería seguir aferrado a su basura —así que, se fue, triste.

El tesoro jamás se pone sobre una mesa de baratillo. Nunca se le pone a medio precio. El costo siempre es el mismo. ¡Si usted está dispuesto a entregar todo lo que usted es y todo lo que usted tiene, al Señor, entonces el tesoro —las bendiciones— puede ser suyo! ■

<sup>16</sup> Jesús estaba trabajando en la codicia que había en el corazón del joven rico, y estaba llamándolo a un discipulado a tiempo completo. Las palabras que le dijo al joven rico son equivalentes a las que les dijo a Pedro y a Andrés: “Dejad vuestras redes y seguidme”.